

## LA REALIDAD HISTÓRICA DEL CID SEGÚN EL P. GONZALO MARTÍNEZ DÍEZ

NICOLÁS LÓPEZ MARTÍNEZ

**RESUMEN:** *Este artículo es una reflexión de la singular figura de Rodrigo Díaz de Vivar como guerrero, político y persona. Expone las aportaciones que hace el P. Gonzalo Martínez Díez a la realidad histórica del Cid gracias al estudio de documentos coetáneos al Campeador, entre los que destaca la "Historia Roderici".*

**PALABRAS CLAVE:** Rodrigo Díaz de Vivar, La España del Cid, Gonzalo Martínez Díez, Historia Roderici, Poema de Mío Cid.

**SUMMARY:** *This article comes to be a reflection of the unique figure of Rodrigo Díaz de Vivar as a warrior, as a politician, and as a person. This article shows as well how the study of contemporary documents of Cid as can be Historia Roderici, highlights the contribution P. Gonzalo Martínez Díez has made to the historical reality of the Cid.*

**KEYWORDS:** Rodrigo Díaz de Vivar, La España del Cid, Gonzalo Martínez Díez, Historia Roderici, Poema de Mío Cid.

El historiador, a diferencia del fabulador, depende necesariamente de los documentos. A ellos ha de ajustarse para darnos, en la medida de lo posible, una visión realista del pasado. Esa tarea supone el previo examen crítico de cada documento utilizado: si éste no ofrece garantías de autenticidad, no es fiable y, por tanto, habrá que prescindir de él, al menos en aquello que implique fundada sospecha de falsificación por interpolación, grafías o personajes anacrónicos, datos geográficos ficticios, contradicciones internas, intereses demostrables que explican el porqué de la falsificación...

Los documentos relacionados con la personalidad y la actuación de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, pueden agruparse en dos bloques fundamentales: el de los autores cristianos y el de los musulmanes. De unos y otros –unos 25, redactados con suficiente cercanía a los hechos– se colige una singular figura del Cid, que entra en la historia por la puerta grande, como guerrero, como político y como persona.

Según los relatos cristianos, como guerrero, el Cid es el *héroe* vencedor en todos los combates, ya sea contra adversarios particulares, ya a la cabeza de su mesnada frente a los Ramón Berenguer II y III de Cataluña y otros muchos, moros y cristianos; incluso, al final de su vida, contra los almorávides: es el único que los vence, aun después de muerto. El *antihéroe* en estos relatos es el rey Alfonso VI, que le destierra, le envidia y que es el perdedor frente a aquellos a quienes vencía el de Vivar, al igual que son perdedores los cortesanos que maquinan contra el Cid cada vez que combaten contra él. No es raro que huyan por miedo a entablar batalla, convencidos de que los vencerá.

Para los cronistas musulmanes, aunque le odian y maldicen, era, como escribió Ibn Bassan en su *Dajira*, “uno de los milagros de su Dios”, a quien seguía siempre la victoria.

Como político, supo aunar el buen trato a los musulmanes vencidos y el respeto a su libertad religiosa con un sentido claro de la justicia y el respeto a la palabra dada.

Como persona, se manifiesta, sobre todo, en el amor, traducido en obras, a su mujer doña Jimena y a sus dos hijas Cristina y María (doña Elvira y doña Sol en el *Poema*). Él mismo se glorificaba ante los musulmanes valencianos: “Yo non me aparto con

mugeres, nin a cantar ni a beuer, commo fazien uestros sennores". Por otra parte, su fe cristiana, vivida públicamente en la observancia de la Cuaresma, en la celebración de las Pascuas de Resurrección y de Pentecostés, en la oración ferviente antes de las batallas, en la acción de gracias después de las mismas e incluso en la erección de templos y dotación munificente de éstos, se refleja su ejemplaridad, así como en su fidelidad al rey, tanto a Sancho II como a Alfonso VI.

A partir de esta base firme, la literatura posterior irá ampliando detalles sobre las proezas y virtudes del héroe, tan desmesuradamente que, en el s. XVI, algunos pretenderán que la Iglesia le canoniche. Así se difundirá una imagen del Cid envuelta en oropeles que hacen de él un personaje mítico. En el trasfondo de este proceso mitificador hay indudablemente un núcleo de verdad, que es el del punto de partida. Pero ¿hay algo más?.

Menéndez Pidal, en varios estudios literarios y, sobre todo, en su monumental obra *La España del Cid*, defendió tenazmente que sí. Tuvo que polemizar con otros estudiosos alemanes y franceses, como Curtius y Lévi-Provençal entre otros, y, pese a los cambios de estilo y aun de léxico en episodios como el del Robledal de Corpes, defiende la verdad sustancial de los hechos que narra el *Poema*. Desde la primera edición de *La España del Cid*, en 1929, irá admitiendo pequeñas rectificaciones en ediciones posteriores pero mantendrá su tesis. A ella se sumará, en 1955, Fray Justo Pérez de Urbel, en la introducción a su *Cantar de Mío Cid*, obra en la que presenta el Poema en modernos versos alejandrinos.

En el extremo contrario, los abusos de la exaltación literaria inducirán a algunos racionalistas modernos a negar incluso la existencia histórica del Cid y, a los adictos al materialismo dialéctico, a considerarle como un "condottiero", ajeno a todo ideal caballeresco y cristiano.

Ante todas estas posiciones apriorísticas, en las que la ideología condiciona la interpretación de los hechos documentalmente atestiguados, el P. Gonzalo Martínez Díez, S. J., reconocido especialista en el estudio de las instituciones españolas, al abordar la figura del Cid, adopta, en diversos escritos, una actitud positiva: selecciona los 25 documentos, prácticamente coetáneos del

Cid en el destierro, y al margen de todo artificio literario, no sólo reafirma la existencia del infanzón Rodrigo Díaz de Vivar, sino que justifica su eminencia histórica.

El P. Gonzalo no es, como a primera vista pudiera parecer, un hipercrítico, enfrentado nada menos que con Menéndez Pidal y sus seguidores, obsesionado por anular el valor de muchos documentos, que no son originales sino copias realizadas del s. XI en adelante. Ciertamente la mayor parte de las falsificaciones provienen de los copistas, quienes, a veces, subían al texto del documento el nombre de algún confirmante del mismo para presentarle como donante de bienes o derechos a favor de un monasterio que los venía considerando en la práctica como propios. Es verdad que la legislación penaba tales falsificaciones y, de hecho, sabemos de algún caso en el que el falsificador fue castigado por ello; pero la sospecha de falsificación afecta a gran parte de estos documentos. El P. Gonzalo, con envidiable erudición, demuestra que la sospecha suele estar bien fundada.

Por eso llama la atención que entre los documentos fiables escoja, como guía de la actuación del Cid en su destierro, la llamada *Historia Roderici*, obra de un anónimo clérigo que parece haber seguido al Cid y que conoce muy bien la geografía en la que se mueve la mesnada cidiana, mesnada que fue agrandándose gracias a la incorporación de moros y cristianos, seducidos por el valor personal y buena estrella de D. Rodrigo, con la expectativa de beneficiarse en el reparto del botín obtenido. De hecho en varias ocasiones el Cid está preocupado por allegar fondos para poder pagar generosamente a los integrantes de su mesnada.

En el relato de las batallas la *Historia Roderici* se atiene a un esquema propagandístico: el Cid, con fuerzas mucho menores que las de sus enemigos, los vence rotundamente gracias a su valor personal y a sus geniales ardidés bélicos. Cabe preguntar: ¿Merece la *Historia Roderici* pleno crédito?. ¿Escoge determinadas batallas y omite otras menos aptas para la propaganda?.

Tal vez sea imposible dar respuesta segura a tales interrogantes. Desde luego, no cabe responder, como hace Menéndez Pidal, siguiendo el itinerario del *Poema de Mío Cid*, aun suponiendo que éste fuera elaborado sólo 40 años después por el hipotético poeta de Medinaceli. En cualquier caso, el tono panegirista de la

*Historia Roderici*, suscita la duda sobre su plena objetividad histórica. Se dirá que hay algún caso en el que denuncia hechos injustos y crueles; concretamente en la invasión devastadora de la Rioja contra el intrigante anticidiano conde García Ordóñez; pero parece quedar a salvo el proceder del Cid, quien recurre a atacar las posesiones de García Ordóñez para no enfrentarse directamente con su rey Alfonso VI, a quien guarda siempre fidelidad.

Los hechos evidencian que las victorias del Cid, incluida la conquista de Valencia, fueron efímeras: duraron lo que duró don Rodrigo, quien moría a los 50 años de edad, parece que a consecuencia de heridas recibidas en combate. ¿Cuál fue la causa de que toda su obra se derrumbara como un castillo de naipes?. Surgen así las hipótesis acerca de lo que habría ocurrido si hubieran sido buenas las relaciones entre Alfonso VI y el Cid. Pero son meras hipótesis, tanto si nos atenemos al método histórico de Menéndez Pidal como al mucho más depurado del P. Gonzalo.

Sin entrar en otros detalles, en los que brilla una aquilatada objetividad, tenemos que agradecer al P. Gonzalo Martínez Díez su extraordinario esfuerzo para extraer de entre la yedra de la leyenda la figura espléndida de aquel gracias al cual “a todos alcanza honra por el que en buena hora nació”.

